

Por JAVIER CHIABRANDO

Reforma protestante, imprenta y best sellers

Página 2

Por VICENTE BATTISTA

Todos los viajes, el viaje

Página 3

Por DAMIÁN TABAROVSKY

La casa de los veinte mil libros de Sasha Abramsky

Página 4



WWW.TELAM.COM.AR

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

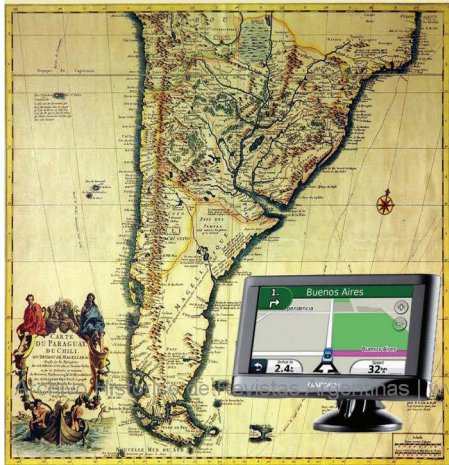
SLT

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 310 | JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 2017

Las novelas *Confluencia* de Inés Kreplak y *Tierra del Fuego* de Julieta Antonelli, se suman a una larga tradición donde el viaje, como experiencia vital y búsqueda interior, condensa una serie de caminos argumentales atractivos para la escritura.

Nueva cartografía literaria



Desde que los seres humanos salieron de las cavernas y pudieron dejar de mirar inclinados la tierra para caminar erguidos, ver el cielo, las estrellas y sus misterios, y luego de mucha prueba y error, comenzar a largar unos sonidos incomprensibles que con el tiempo pudieron articular como palabras hasta llegar a nuestros días recorridos como presencias virtuales y cónicas, las historias que hay para contar son, en mayor o menor medida, las mismas: el viaje, la vida, la muerte (violenta o no), la familia. De esta lista temática pequeña, pero abarcativa hasta lograr las dimensiones de un mundo complejo, se puede decir que el viaje, como experiencia vital y de búsqueda que trata de salir del aburrimiento y la quietud mental, puede condensar en su centro neurálgico una serie de caminos argumentales muy atractivos y que siempre le resultaron productivos a la escritura y campo literario argentino.

En la extraordinaria, necesaria y monumental reedición que acaba de hacer la editorial Santiago Arcos de la obra cumbre del escritor y crítico David Viñas, *Literatura argentina y política*, se da cuenta de los distintos tipos de desplazamientos que se hicieron a fines del siglo XIX para configurar una identidad literaria nacional. Estaba todo por hacerse entonces. Están, en categorías del propio Viñas, el viajero colonial, el viajero utilitario, el viajero balzaciano, el viajero consumidor, el viajero ceremonial y el viajero estético. Son figuras que se apropiaron de sus experiencias para la edificación de un programa de escritura que sirvió para todo lo que vino después, sean o no reconocidos como influencias. Explica Viñas acerca de estas taxonomías: "Se trata, en fin, de la producción de identidades de una identidad histórica, aún con los conflictos con otros" que se le oponen hasta llegar a pero que, finalmente, van siendo reconocidos de manera dramática, fecunda, dialécticamente".

Es en este contexto que la idea de viaje representa un espacio de huciler para comprender determinadas cuestiones relacionadas con el entorno, con la historia y con la actualidad que se genera en el momento determinado del almanaque.

Los libros de viajes son, en definitiva y sin ir más lejos, toda una tradición dentro de la literatura argentina.

SIGUE EN LA PÁGINA 3



UN ARGENTINO GANÓ EL PREMIO AMAZON DE NOVELA AUTOPUBLICADA

El escritor patagónico Cristian Perfumo ganó el IV Premio Literario Anual de Amazon para autores independientes de obras en español, por *El coleccionista de flechas*, que se impuso a los más de 1.800 trabajos de 39 países que se presentaron para el galardón. El premio está dotado con us\$ 5.000 e incluye la publicación de la obra a nivel mundial en español a cargo de Amazon Publishing.

en los formatos digital, impreso y audio; y la traducción y publicación en inglés por Amazon Crossing. Con *El coleccionista de flechas*, que se impuso en el certamen para las obras de ficción y no ficción que emplearon el servicio de "autopublicación" de Kindle, Perfumo despliega una trama de misterio a partir del homicidio en un pueblo del sur de la Argentina.



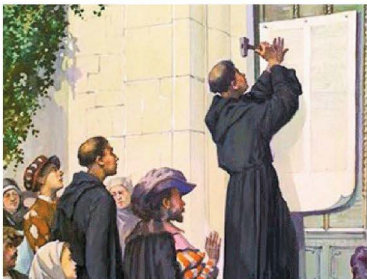
2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 2017

Reforma protestante, imprenta y best sellers



→ JAVIER CHABRANDO

Considerado por Lutero como "un regalo divino", hace cinco siglos se conoció uno de los inventos más importantes de la humanidad: la imprenta diseñada por Johannes Gutenberg. La intención de su creación no era otra más que difundir el protestantismo.



El invento había llegado para cambiar el mundo, aunque en ese momento eran solo sospechas. Las cosas pasaron a ser ciertas hace exactamente cinco siglos, un día de 1517, cuando Martín Lutero escribiera y clavara las noventa y cinco tesis, con la que desafiaba a Roma, en la puerta de la iglesia de Wittenberg. Poco importa ahora saber si el texto estaba escrito en latín o en alemán. Más importante es que el mundo comenzara a cambiar una vez que a ese evento se le sumaran las posibilidades del invento llamado imprenta. La imprenta fue creada por un inventor todoterreno, Johannes Gutenberg, nacido en 1398 en el pueblo de Strassburg, Alsacia. Aunque la imprenta tiene otros tipos modelos, Gutenberg había hecho novedosos aportes sobre el pulido de piedras preciosas y fabricado espejos que los peregrinos llevaban en la ropa o en el sombrero para recibir la gracia de las imágenes sagradas. Si bien Lutero lle-

gó a considerar la imprenta como "un regalo divino, el más grande, el último don de Dios", hay quienes sostienen que la difusión masiva de las tesis se debió a que los principales alemanes aprovecharon la capacidad de repetición industrial del invento para crear un clima opositor a los dos poderes del momento, el papado y el emperador. Habían pasado más de medio siglo desde que Gutenberg diera a conocer su obra maestra: la Biblia de cuarenta y dos líneas, nombre referido a la cantidad de renglones a dos columnas de las más de mil páginas impresas. Gutenberg había impreso entre ciento ochenta y doscientos ejemplares, la mayoría en papel y unos menos en pergamino. La mayoría editada en Basilea, pero con una tirada menor en un único volumen. Muy rápidamente, la imprenta pasó a ser un gran negocio.

Cuando Lutero escribió las tesis, Wittenberg contaba con una sola imprenta. No es exagerado decir que la dimensión de Lutero

como escritor logró que la imprenta, en tanto negocio, diera un salto definitivo hacia el futuro, si tenemos en cuenta que más de la tercera parte de los libros vendidos en Alemania entre 1518 y 1525, fueron escritos por Lutero. Sobre las indulgencias y la gracia, de 1518, donde defendía las tesis de las críticas, tuvo veintidós reimpressiones en dos años. La edición del *Discurso a la nobleza de la nación alemana*, de 1520, fue agotada en una semana. La *libertad del cristiano*, también de 1520, tuvo dieciocho ediciones en cinco años. Pero el aporte más importante del Lutero escritor aún estaba por escribirse. Sería su traducción de la Biblia al alemán. Para entender su importancia, hay que escuchar a Günther Lohfink, profesor de teología que vive en un pueblo con Lutero. Bertolt Brecht no se quedó atrás. Consideraba la traducción de Lutero el libro alemán de mayor importancia. La historia es conocida. En 1521, al salir de la Dieta de Worms, donde Lutero enfrentó a

enviados del Papa y al mismísimo Carlos V, fue secuestrado por enviados de Federico El Sabio y conducido al castillo de Wartburgo. El secuestro buscaba protegerlo de una inminente represalia, sea de Roma, sea del emperador. En Wartburgo, Lutero traduce en pocas semanas, se calcula que no más de una decena, el nuevo testamento al alemán, partiendo básicamente del texto griego, siendo que por entonces la versión más difundida era la latina conocida como la vulgata, traducida del hebreo y del griego por Jerónimo de Estridón a finales del siglo IV. En marzo de 1522, Lutero deja Wartburgo y vuelve a Wittenberg. Allí se reúne con sus amigos Felipe Melancthon y Spalding, quienes le sugieren una estrategia: "... colaboración en el empleo ajustado de algunos vocablos, está, pues, aperebido; pero no nos sumerjamos palabras castrenses o cortesanas, sino sencillas, pues la sencillez quiere brillar en este libro". El conocimiento

liblico de Lutero era enciclopédico, no sólo de las versiones originales sino de la traducción del nuevo testamento al griego hecha por Erasmo de Róterdam en 1516, que también buscaba llegar a más lectores. De ahí la frase: "Erasmo puso el huevo y Lutero lo empujó". Sobre su trabajo de traductor, Lutero dejaría un escrito de 1530 conocido como *Mitius sobre el arte de traducir*. Allí, sobre su trabajo, diría: "Lo he traducido lo mejor que me ha sido posible y que mi conciencia me lo ha permitido. No obstante, a nadie he obligado a leerlo, he dejado libertad absoluta, y si lo he traducido, he sido con la única intención de prestar un servicio a quienes no pueden hacerlo mejor que yo".

El nuevo testamento traducido al alemán es impreso en el taller de Melchior Lotter el Joven, en Wittenberg, bajo el nombre *Das New Testament Deutsch*. Les llevó cinco meses. Se publicó en la editorial de Cranchy y Döring para la Feria de Otoño de Leipzig, en una tirada de tres mil ejemplares que se vendió en días. Costaba lo mismo que un ternero o dos salarios de un maestro. Se editó sin el nombre del traductor, del impresor ni fecha de publicación. La siguiente edición, de ese mismo año, llevaría numerosas correcciones hechas por Lutero. Entre 1523 y 1524 aparecieron catorce ediciones autorizadas, numerosas reimpressiones, además de muchas no autorizadas. Es por entonces que Lutero se aboca a la traducción del antiguo testamento, que finaliza en 1534. Hasta el momento de su muerte hubo alrededor de trescientas ediciones de la traducción completa, que suma más de medio millón de libros vendidos. El ejemplo de Lutero fue determinante de la traducción de posteriores relacionadas con el mundo protestante, como las de Pierre Robert Olivétan al francés, que llevaría príncipe de su primo, Juan Calvino, y la de Giovanni Diodati al italiano. La imprenta haría el resto.

El español Andrés Barba (foto) ganó el XXXV Premio Herralde de novela con *República luminosa*, una obra que el jurado ponderó por la manera en que aborda "la inocencia salvaje, la atrocidad que se puede ver a veces en los niños". La obra de Barba detona "un elemento de angustia que se va apoderando del lector al ver cómo el narrador presenta a los niños protagonistas", puntualizó

además el jurado. Por otra parte, el escritor argentino Diego Vecchio quedó finalista por su novela *La extinción de las especies*, de la que el jurado subrayó el "caudal de ironía y humor sorprendente" que destaca. Vecchio construye un "juego de apócrifos" con un texto "en la línea de una cierta narrativa distante y emocionada del siglo XIX", sostuvo el jurado.



Nueva cartografía literaria



→ WALTER LEIZCANO

VIENE DE LA TAPA

Y continuando con este enorme recorrido acaban de aparecer dos novelas que están en ese mismo tránsito de exploración exterior e interior: *Confidencia* de Inés Kreplaky y *Tierra del Fuego* de Julia Antonelli. Los dos son textos publicados por la editorial Alto Pogo, perteneciente al colectivo editorial La Coop (que cuenta con su propia distribución y librería en Almagro); y por otra parte, primeras novelas. Así que significan dos apuestas por nuevas voces.

En *Confidencia* la geografía a descubrir es cercana pero todavía hoy mantiene su perfil misterioso donde se conjugan varias capas de sentido relacionadas con política, ilegalidad, arte, modos de vida alternativos -autosustentables- y las islas como escenografía difícil de aprender. Hablamos, por supuesto, de Tigre. La protagonista, llamada Inés al igual que la autora, relata su inmersión en esa zona a partir de un proyecto personal de escritura (de ahí el registro de una cronista) y, además, atraída por la amistad de una mujer. Derriba de esa superficie está la historia familiar, amorosa y la de la narradora en que se revela una enfermedad compleja. La pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo encontrar el interés por el territorio cuando la vida personal aún no está resuelta? De este modo, Tigre funciona como una meta provisoria frente a lo irresoluble del infierno cotidiano. Es decir: ¿yamos a los lugares por conocerlos o para escapar? ¿Queremos conocer nuevos parajes o deseamos olvidarnos quienes fuimos?

Por su parte, *Tierra del Fuego* de Julia Antonelli, con ese nombre que impone respeto de movida y nos sitúa en una geografía límite, extrema, es una novela que tiene como instancia inaugural dos hechos que conjugan despedidas y bienvenidas: el distanciamiento de una pareja y la posibilidad de un nuevo trabajo estimulante en el fin del mundo. La protagonista, Juana, llega a Ushuaia para trabajar en un museo de restos cetáceos y extraña a su pareja que hace demasiado tiempo que trabaja en Misiones. Es en esa disyuntiva emocional, alegría por el nuevo nivel profesional y pérdida por la lejanía de un amor, es donde la novela juega el puente y vinculación con el interés del lector. Pero en ese resquejamiento que dejan estas dos instancias, la vida de Juana cobra un nuevo sentido relacionado con el espacio. Ushuaia es una zona desconocida para gran parte de la humanidad y la novela funciona como una revelación parcial de ese sector del mapa. De todas maneras, eso se relaciona a nivel humano porque de eso también están hechos los lugares que se recorren.

Hacer un viaje no siempre implica el desplazamiento territorial. Pero cuando eso ocurre, cuando hay que poner el cuerpo y moverse, la experiencia cobra otro aspecto. A veces definitivo ya que son circunstancias que exceden el marco de la anécdota, de la sobremesa. Algo se juega ahí. Y donde hay ruptura y riesgo está presente la literatura. Estas novelas van en esa dirección.



→ VICENTE BATTISTA

Nuestros abuelos fueron nómadas, no les quedaba otra opción, se veían obligados a deambular de un sitio a otro con el solo fin de encontrar alimentos que les permitieran sobrevivir. Para ciertos antropólogos, estos viajes forzados hicieron posible poblar un continente. Sostienen que hace algo más de cincuenta mil años, algunas tribus de las estepas siberianas cruzaron el puente de Beringia con el fin de ingresar a lo que hoy es América y concluyen que de no haber sido por esas tribus nómadas, es probable que América hubiese permanecido inhabitada hasta el año 1492. Algo más cerca en el tiempo, hace apenas diez mil años, las tribus nómadas descubrieron la agricultura: podían elegir la tierra apta para cosechar sus propios alimentos, las puertas hacia el sedentarismo estaban abiertas, los viajes comenzaron a ser cosa del pasado. Bajo su nueva condición de sedentarios, no les quedaba sino evocar los que habían realizado sus abuelos, ahora viajaban con la imaginación, acaso sin comprenderlo, estaban preanunciando lo que siglos más tarde se conocería por literatura de viajes.

La *Odisea* data del siglo VIII a.C., por esa razón hay quienes sostienen que el accidentado regreso de Ulises a Itaca podría consignarse como el primer viaje literario. Sin embargo, seis siglos antes de que Homero cantara la epopeya de Ulises, Moisés emprendió camino hacia la Tierra Prometida. "Los israelitas partieron de Ramsés hacia Sukkot, unos sesenta mil hombres de a pie, diez y siete mil caballos, un "Esoo", 12,37, el segundo libro del "Pentateuco", que se conoció en el siglo XIV a.C. Ulises navegando por el mar Egeo y Moisés cruzando desiertos, llanuras y montañas, representan dos modos de viajar, aunque no los úni-

cos: deambular por la cueva laberíntica que le daba albergue al Minotauru también es un viaje. En el siglo I d.C., Ovidio rescató en la mitología griega al terrible monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro: uno de los cantos de "La Metamorfosis" se refiere al Minotauru, habla de Ariadna y de Teseo, aunque nunca lo menciona por sus nombres, sí lo hace en "Heroidas", el poema elegíaco en el que canta a las veintidós heroínas que le envían cartas a sus héroes. Ariadna es una de esas heroínas y Teseo es su destinatario. Definitivamente, la criatura mítica que devoraba a los hombres se convirtió en personaje literario. Por nuestras tierras, Borges le dio vida en su cuento "La casa de Asterión", Cortázar en su pieza teatral *Los Reyes*.

No obstante, hubo que aguardar hasta el medioevo para que los relatos de viajes obtuvieran la categoría de género literario. El mérito habrá que atribuírselo a Marco Polo, el intrépido mercader veneciano que en 1299 dio testimonio de su deambular por Asia Central y China. Recorrió la llamada "Ruta de la Seda" que algunos siglos después otro escritor italiano, Alessandro Baricco, recrearía en *Seda*, una pequeña gran novela publicada en 1996. Las cartas estaban echadas, por lo que se hizo necesario clasificarse a los distintos viajes literarios. Tendremos viajes físicos y terrestres: Don Quijote y Sancho recorrieron de Montañeta llanura dispuestos a resolver entuertos. Tendremos viajes al mundo de los muertos. Dante Alighieri descendiendo al infierno llevado de la mano de Virgilio. "Eunto es amarga, que poco lo es más la muerte; pero por tratar del bien que allí encontré, diré de las otras cosas que allí he visto. Siempre viví en la vida de *Dicina Cordelia*. Habrá muchos viajes a otros planetas y a otras galaxias: las célebres *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury, o

el alucinante *Berlín*, de Frederik Pohl. Y habrá viajes por distintos mundos posibles. *Los viajes de Gulliver*, por ejemplo, que en 1726 dio a conocer el escritor y clérigo irlandés Jonathan Swift. Lemuel Gulliver, "al principio un cirujano, y luego un capitán de diversos barcos", visitará Lilliput, Brodingnag, Laputa, Babilhadi, Luggnagg, Glubbdubdrib, el país de los Houyhnhnms y Japón. Otro escritor británico, J.R.R. Tolkien, en 1920 decidió abandonar por un rato sus investigaciones como filólogo y lingüista y se largó a escribir una historia fantástica con el solo objeto de entretener a sus pequeños hijos. Así nació *El Hobbit*: la novela narra el viaje que en el año 2941 de la Tercera Edad del Sol, realiza el hobbit Bilbo Bolsón en busca del tesoro que el dragón Smaug custodia en la Montaña Solitaria. Ese viaje fue el origen de otros dos novelas de Tolkien: *El señor de los anillos* y *El Silmarillion*, situadas casi de inmediato entre los grandes títulos del siglo XX.

El Imperio Británico albergó a grandes autores de novelas de viaje, pero fue un francés, Julio Verne, quien conquistó los mayores laudos. En 1863 publicó *Cinco semanas en globo*, y a partir de ese momento puso en marcha *Viajes extraordinarios*, una colección de libros de más de cincuenta títulos que condensaron todo lo que hasta entonces se había propuesto para ese género: "Un viaje ordinario en el espacio (terrestre, aéreo, marítimo, cósmico) o en el tiempo (pasado, presente, porvenir. Ayer mañana), un recorrido de tal punto dado a tal otro deseado, (...) un viaje enciclopédico: la odisea es circular, recorre el ciclo de la sabiduría; (...) un viaje iniciático en el mismo sentido que el periplo de Ulises, el éxodo del pueblo hebreo o el itinerario del Don Quijote", puntualizó ya bastante Michael Serres en *Verne: su reconciliación subterránea*.

Todos los viajes, el viaje. Ciertamente, las novelas siempre proponen un viaje, es exclusivo mérito de cada autor lograr que sus lectores arriben a buen destino.



La décimo primera edición Feria del Libro Antiguo de Buenos Aires donde se exhibirán y venderán raros ejemplares de autores como Jorge Luis Borges, Domingo Faustino Sarmiento, Oliverio Girondo, Erasmo de Rotterdam entre otros cientos de textos, se podrá visitar hasta este domingo próximo en el CCK, en el horario de 14 a 20. Amantes de los libros antiguos podrán ver y

adquirir rarezas, ejemplares coleccionables, obras del Siglo XV y títulos de vanguardias artísticas y literarias del Siglo XX, además de grabados, mapas, fotografías antiguas y afiches. En esta oportunidad habrá posibilidad de ver una primera edición de 1845 del *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, considerada una obra cumbre y fundacional de la literatura argentina.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR



EL LIBRO DE LA SEMANA

→ DAMIAN TABAROVSKY

La casa de los veinte mil libros

NO son fáciles los libros que escriben sobre libros o sobre escritores. Una de las figuras más recurrentes es la del gran lector, el sabio humanista poseedor de formidables bibliotecas, de universales saberes y de vasta erudición; pocas cosas me resultan más provincianas que vanagloriarse por tener una buena biblioteca o por hablar varias lenguas.

George Steiner, por mencionar el primero que se me cruzó por la cabeza, es un ejemplo de este tipo de impostura sin interés. Hay también novelas que mitifican la escritura o la lectura o el campo intelectual. Roberto Bolaño hizo su fondo de comercio con ese asunto: ir a un taller literario se convierte en sus libros en un asunto intemto—allí la gente se enamora, vibra, incluso puede ser muerta o desaparecer—, en fin qué decir... Podría dar más ejemplos, pero mejor es reparar en las excepciones, en quienes logran, en ese horizonte—el horizonte del libro dentro del libro—hacer obra, hacer cruzar al libro, sacarlo de cauce y provocar efectos impensados.

Entre nosotros, sobresalen las novelas y relatos de Matías Serra Bradford, porque le agrega al efecto inocuo del "amor a los libros" una buena dosis de malicia, de competencia malsana, de pulsiones agrias y de egoísmo. La erudición es, para mí, eso, ante todo eso y nada más que eso. En España, la editorial Periferia viene publicando una notable serie de libros sobre el tema. Primero fue *La librería ambulante*, de Christopher Morley, novela que los suplementos culturales peninsulares adjetivaron como "delicioso", pero que en verdad es una agotadísima reflexión sobre la consolidación del capitalismo norteamericano.

El libro de la semana es el editorial Errata Naturae—publicó *Leer*, de André Kertész, un clásico de modernidad fotográfica, y más recientemente—y más disonante en las librerías argentinas—*La casa de los veinte mil libros*, de Sasha Abramsky, que corre el riesgo



SASHA ABRAMSKY
LA CASA DE LOS VEINTE MIL LIBROS
PERIFERIA

Sasha Abramsky (1972) cuenta la historia de su abuelo Chimen Abramsky, uno de los más grandes coleccionistas de libros. Su casa, en Londres, estaba repleta de incunables y era visitada por intelectuales de la época. Para el autor de esta nota, este libro "es un fresco crítico de dos grandes temas culturales de la primera mitad del Siglo XX: la izquierda y el judaísmo".

de caer en todos los vicios mencionados más arriba y que, sin embargo, los evita uno a uno, como quien salta airosos de precipicio en precipicio, para desembocar en un fresco crítico de dos de los grandes temas culturales de la primera mitad del siglo veinte: la izquierda y el judaísmo.

La casa de los veinte mil libros cuenta la historia del abuelo del autor, llamado Chimen Abramsky, uno de los más grandes—sino el más grande—acopiador, o también bibliómano, o también coleccionista de libros de izquierda y de temas judíos. Hijo de un rabino ortodoxo enviado por Stalin a Siberia—de donde logró sobrevivir—, Chimen desafió, a medias, el mandato familiar y ya en la URSS comenzó sus lecturas del marxismo, que lo llevaron en Londres a convertirse en una autoridad en el tema. Su casa era una fuente de incunables: cartas originales de Marx y su carnet de miembro de la Primera Internacional, bilias del 1500, periódicos de la Comuna de París, ediciones antiquísimas de Spinoza, y miles y miles de libros. En los años sesenta llegó al PC y se volvió liberal y académico, sin dejar nunca su espíritu radical: la de pensar a los textos y a su evolutorio—los libros—como una marca del mundo de la época.

Cada capítulo toma como re-

ferencia una de las habitaciones de la casa de Abramsky en el número 5 de la calle Hillway, zona de Londres no lejana al cementerio en el que descansa Marx (no: Marx nunca descansa), en el que Chimen vivió décadas junto a su mujer, Miriam. Mientras viajaba a subastas de libros raros sobre temas judíos contratado por Sotheby's, tasaba bibliotecas por media Europa, Israel y los Estados Unidos, compra y vendía libros incunables, se hacía amigo de Eric Hobsbawm, Giangiacomo Feltrinelli o Isaiah Berlin, agradecía homenajes, recibía casi diariamente amigos—intelectuales, profesores, liberos—con los que discutía hasta la madrugada, se hacían documentales sobre su vida, formaba una generación de nuevos bibliómanos, acumulaba más y más y más libros increíbles y charlaba con su nieto Sasha, que le remboló el gesto con un libro que, a medida que se avanza en la lectura, se vuelve inabordable.

Nacido en 1976 cerca de Minsk, la vida y la biblioteca de Chimen Abramsky expresa, como pocas, el principio de la izquierda de una época, la vez, ya pretrita: la época en que se creía que los libros podían cambiar el mundo. O la vida. Hoy eso ocurre con un solo género—el de autayuda, al que ahora el marketing trocó su nombre por el de "superación"—, que dela-

ta la estupidez ambiente y provoca, al menos en este modesto reserista, un desánimo inenarrable.

Se diría—seguramente con razón—que la época de Abramsky es la de la tragedia sin fin, la del Holocausto y Stalin. Pero también fue la última época en la que leer era sinónimo de correr un riesgo; la última época en que era inaceptable la explotación del hombre por el hombre. Enzo Traverso, en *Melanconía de gauche* (*Melanconía de izquierda*, todavía no traducido al castellano), libro que habría que leer en cruce con el de Sasha Abramsky, describe nuestro tiempo como el que ya no solo impide ser de izquierda, sino que obtura hasta la propia nostalgia de esa tradición. No nos queda ni siquiera la melancolía.

Pero en *La casa de los veinte mil libros* no hay nostalgia, hay en cambio tensión: la tensión entre marxismo y judaísmo, entre socialismo y sionismo, entre erudición y mercado, entre biblioteca y vida cotidiana, entre militancia y dogmatismo, entre neurosis y felicidad.

En 1976, al entierro de su padre, el rabino Yehzekel Abramsky, acudieron más de cuarenta mil personas en Jerusalén. A romper con la tradición de su padre es, tal vez, aquello a lo que Chimen dedico su vida. Marxista que comió solo kosher, luego liberal que siguió comiendo kosher, en la evidente ruptura con su padre había también otra evidente línea de continuidad: la de la tradición del libro. La de la interpretación infinita. La del pasado como un yacimiento de preguntas irrestables en el presente. Sasha Abramsky cita una sola vez y al pasar a Walter Benjamin, pero es inevitable pensar en la figura benjaminiana del coleccionista como aquel que tiene la capacidad prodigiosa de sacar del pasado lo que el futuro necesita, pero también el futuro, como testimonio del futuro, para utilizar la hermosa fórmula de Pierre Bourdieu.

Chimen Abramsky murió el 14 de marzo de 2010, el mismo día de la muerte de Karl Marx,